

Algunas consideraciones sobre el maoísmo

Camaradas de *Reconstrucción*:

Con ustedes nos ocurre como a Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*, que por mucho que se desenvuelva nuestra relación, siempre retornamos al principio, como si nada hubiera pasado. Phil, el personaje que encarna Murray, por muchos acontecimientos que se sucediesen en el día, se despertaba siempre a la misma hora de la mañana del Día de la Marmota, como si no hubiera ocurrido nada, condenado a vivir esa jornada eternamente. Igual que Phil, para nosotros, la relación con ustedes parece un permanente volver a empezar. Esta impresión extraemos de la última carta con la que se dirigen a nosotros (con fecha de 7 de abril) proponiendo una entrevista, en la que no hay ni rastro de nuestras mutuas comunicaciones anteriores, ni de sus resultados, ni del punto de confrontación en el que quedaron fijadas nuestras diferencias. Sobre todo, por parte de ustedes, que no han dudado en hacerlas públicas a través de su órgano de expresión.

Sin embargo, aunque esto ya sucedió en una ocasión, aunque una vez aceptamos retomar el contacto con ustedes simulando no conocernos, como si no hubiera habido ningún encuentro directo anterior entre nosotros, ahora no va a ser así, porque la relación entre nuestras organizaciones ya no puede empezar desde cero. Igual que Phil sale de su peripecia rompiendo el círculo vicioso del tiempo, nosotros nos permitimos señalarles que lo nuestro no puede convertirse en un permanente intento y que no podemos comportarnos como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros, que la cosa ya ha avanzado, por lo que, también, nos permitimos recordarles el punto donde se quedó: que, por lo que a ustedes respecta, el MAI practica “el revisionismo” y se dedica a la “demagogia”, por lo que ya concluyeron que debían dar “por zanjadas las tímidas esperanzas de sacar algo en limpio de nuestras relaciones” (ver *Reconstrucción*, nº 3, pág. 5); y que, por lo que a nosotros respecta, todo deseo sincero de retomar el contacto pasa por una explicación de las razones que ahora les conducen a pensar que sí pueden “sacar algo en limpio” de quienes, según ustedes, estamos “en el otro lado de la trinchera”, y, sobre todo, que el punto de partida de esa relación recuperada sólo puede ser el que ya conocen, el debate de nuestra proposición al conjunto de la vanguardia que publicamos como Carta abierta, con el título de *El debate cautivo*, en sus términos y punto por punto. E insistimos en esto porque en su prensa dicen que les parece “bien encaminada” nuestra propuesta de “un órgano de expresión conjunto”, pero la han vaciado tanto de contenido, adulterándola de manera inadmisibile, que es preciso advertir que hablar con nosotros significa debatir, primero, sobre determinados aspectos de carácter ideológico y político, para después, si procede, concretar la forma organizativa de toda posible colaboración. No queremos comenzar la casa por el tejado, con un órgano de propaganda de corte liberal en el que pueda entrar cualquiera, incluso, como parecía que ustedes pretendían, gentes como la Unión Proletaria (UP), tras la que han ido, según ustedes mismos confiesan, recabando información y opinión sobre el MAI. Lo cual, por cierto, dice mucho sobre la absoluta desorientación ideológica y política de que adolece su organización, incapaz de distinguir entre los amigos y los enemigos de la revolución en el variopinto y heterogéneo movimiento comunista actual. Para saber de qué pie cojea la UP basta con leer sus documentos y comprobar que, efectivamente, este grupo se

inclina más por “la vía reformista”, lo cual, a ustedes, parece no importarles mucho, pues todavía esperaban “aclarar con ellos” cuestiones que están muy claras para todo el mundo, excepto, al parecer, para los señores de *Reconstrucción*. Necesitaron comprobar por ustedes mismos, en persona y de viva voz la posición revisionista y oportunista que defiende la UP para convencerse del verdadero carácter de su línea, como informan tras su entrevista con un representante de esta organización. Este grupo pidió el voto para IU y el PSOE en las últimas elecciones municipales, autonómicas y generales, pero ustedes necesitaron todavía “el esclarecimiento de las posiciones de cada uno”. El MAI defiende la línea de Guerra Popular, pero ustedes desconfían y ponen todo tipo de reparos y trabas a la colaboración entre nuestras organizaciones. Mientras se gastan paños calientes con la extrema derecha de nuestro movimiento, desprecian a la izquierda, demostrando una total insensibilidad ante la necesidad de construir un referente revolucionario frente al oportunismo derechista –al que pertenece, con pleno derecho, la UP– que hegemoniza actualmente tanto el movimiento comunista como el movimiento obrero.

También es posible, por otra parte, que su problema consista en que, sencillamente, no saben leer, o que sus lecturas están demasiado condicionadas por prejuicios que les impiden comprender lo que tienen delante. Así parecen atestiguarlo no sólo el beneficio de la duda que tan generosamente otorgaron a la UP, a pesar de conocer sus documentos, sino también su manifiesta tergiversación de algunos de los nuestros. Decir, por ejemplo, que el MAI “ha apoyado al PCE(r) de *Arenas*” alguna vez, si no es producto de una incomprensión de texto, de una mala lectura, es mentir burdamente o interpretar de manera malintencionada el hecho de que alguna vez militantes de nuestra organización hayan exigido la libertad de los presos políticos en acciones de propaganda; o afirmar que entre el MAI y el partido de *Arenas* sólo hay diferencias organizativas, mientras que “se comparten” los “argumentos ideológicos o políticos” (*ibid.*, p. 11) es una monstruosa aberración que sólo demuestra o un déficit en la capacidad cognitiva a la hora de asimilar la lectura de los textos o desidia intelectual para realizar cualquier esfuerzo de comprensión de los mismos. Circunstancia que queda corroborada cuando señalan que, para el MAI, la Guerra Popular “es una simple cuestión técnica a la cual el PCP [Partido Comunista del Perú] hubiera llegado, al margen de su condición de maoístas” (*ibid.*, p. 5), cuando, en realidad, nosotros defendemos todo lo contrario: primero, realizamos la crítica de quienes, como el PCE(r) entre otros, reducen en la práctica la Guerra Popular a un problema logístico; y, segundo, extraemos varias conclusiones teóricas de la aplicación de la línea genuinamente maoísta del PCP, cuya filiación ideológica nos encargamos de situar y resaltar. En todo caso, y muy al contrario, comparamos el maoísmo fiel y consecuente aplicado por el PCP con la línea política y la concepción de la Guerra Popular de otros *maoístas*, comparación, por cierto, de la que, si mereciese la pena hacerla, con toda seguridad tampoco saldrían muy bien parados los *maoístas* de *Reconstrucción*. En todo caso, por otro lado, lo único que añadimos nosotros al análisis del plan revolucionario del PCP es la sugerencia de que, tal vez, los propios maoístas peruanos no son conscientes del alcance teórico de su aplicación práctica del maoísmo, y de que, tal vez, esto se deba a elementos ideológicos y políticos periclitados que se encuentran en el seno mismo del imaginario maoísta actualmente vigente, a los que es preciso depurar para que la ideología proletaria pueda ver explotado al máximo su potencial revolucionario (independientemente de que lo que resulte de ello pueda o no seguir denominándose *maoísmo*). En cuanto a lo que ustedes ofrecen al respecto, en la misma línea que casi todas las organizaciones autodenominadas maoístas, es lo que nos confirma el hecho de que son los propios maoístas, o muchos de ellos, los primeros interesados en impedir esta labor de deslinde entre lo correcto y lo erróneo en el pensamiento que dicen enarbolar como bandera. Pero, a nuestro entender, sólo dogmáticos empecinados pueden creer en el monolitismo de una doctrina, en que, a diferencia de todas las cosas reales, no está atravesada por contradicciones, las únicas que permitirán, por cierto, su desarrollo. Detectar, estudiar y comprender esas contradicciones es para nosotros crucial, pues contribuirá de manera determinante en la superación de la crisis que hoy vive el comunismo revolucionario a todos los niveles.

Significado de los acontecimientos en Nepal

Éste es el punto de vista desde el que el MAI observa al maoísmo, y creemos que con ello demostramos más respeto hacia él que muchos acólitos fanáticos que no hacen otra cosa que desprestigiarlo haciendo gala de su absoluta falta de sentido crítico y de honestidad intelectual. Porque empeñarse en salvar al maoísmo de toda mácula después de todo lo que ha ocurrido en la historia del movimiento comunista internacional, sobre todo desde 1976, es absurdo; pretender desvincular la derrota política –temporal, pero derrota al fin y al cabo– del proletariado a escala mundial de toda connotación e implicación ideológica, resulta hasta obsceno. Sólo en el mundo de las quimeras idealistas los avatares políticos no salpican a la esfera de las ideas, ni los fracasos de los proyectos políticos arrastran a las doctrinas que los inspiraron. Este punto de vista no es propio de materialistas, ni de marxistas; ni siquiera ya de quienes no saben entender lo que ven o leen, sino de auténticos ciegos. Pero, los hechos son tozudos y a ellos nos remitimos. Ahora no se trata ya de las consecuencias teóricas que, para el maoísmo como doctrina, pudo acarrear la derrota de la Gran Revolución Cultural Proletaria, ni de las vicisitudes que le han acompañado desde la *caída* del Presidente Gonzalo, en 1992; ahora se trata de algo inaudito cuyas consecuencias, de largo alcance, no pueden ser desdeñadas por más tiempo. Ni siquiera por ustedes. Nos referimos al giro liquidacionista protagonizado por el Partido Comunista de Nepal (maoísta) [PCN(m)]. El latrocinio perpetrado contra la revolución por este partido ya no puede ser atribuido a la *traición* de alguno o algunos dirigentes, o a un error táctico, etc. Este tipo de explicaciones o excusas ya no es suficiente. Es preciso profundizar más en el análisis de las causas de esta nueva manifestación de revisionismo y liquidacionismo revolucionario, hasta escudriñar en los postulados mismos que conforman algunos de los pilares básicos del paradigma revolucionario que fue forjándose a lo largo del Ciclo de Octubre y cuya última y máxima expresión es el maoísmo. Ésta es nuestra opinión y, aunque aquí no ahondemos en ello, sí expondremos los rasgos, tan peculiares como insólitos, que indican que, con el *caso nepalí*, nos encontramos ante un hecho que no puede ser despachado, al viejo estilo, como otra desviación más del justo camino. Los nuevos síntomas que presenta esta última manifestación del fenómeno del revisionismo denotan una enfermedad distinta y más grave; presentan, más bien, un cuadro clínico en fase terminal que obliga a pensar que lo que está ante nuestros ojos es el punto final de algo. Y es sobre esto que los comunistas debemos reflexionar seriamente.

En primer lugar, jamás en la historia de la Revolución Proletaria Mundial el partido de la revolución recurrió a una maniobra de repliegue estratégico, ni a un cambio de alianzas que supusiese el acercamiento a fuerzas conservadoras y el simultáneo alejamiento de importantes sectores de las masas trabajadoras, como en este caso, cuando las fuerzas revolucionarias disfrutaban de una situación franca y favorable de ofensiva estratégica; nunca el partido revolucionario ha optado por la vía pacífica, desistiendo de tomar el poder por las armas cuando ha estado en condiciones de hacerlo. Es la primera vez que ocurre en nuestra historia, la cual, en todo caso, está plagada de infructuosos intentos de asalto violento del poder, oneroso precio que el proletariado internacional ha querido pagar por perseverar en la línea correcta para conquistarlo.

Es cierto, por otra parte, que, en su último análisis, con el que pretendía justificar la liquidación de la guerra popular, el PCN(m) redimensionó el papel del contexto internacional de hegemonía y ofensiva del imperialismo yanqui, exagerando tanto las dificultades que impondría la injerencia exterior y cubriendo de tan malos presagios un hipotético triunfo de una revolución aislada en Nepal que trocaron el optimismo de la ofensiva estratégica de la guerra popular en pesimismo y, sucesivamente, en cobardía y claudicación. En estos términos, los nuevos parámetros políticos del PCN(m) ponen al proletariado internacional ante una paralizante paradoja: si la Revolución Proletaria Mundial avanza desde la ruptura de los eslabones débiles de la cadena imperialista, constituyendo bases de apoyo revolucionarias en condiciones de cerco imperialista, y si solamente con la extensión de este principio pueden crearse condiciones internacionales favorables, entonces, la exigencia de que se cumpla como condición y requisito

de la acción política lo que no es sino consecuencia o resultado de la puesta en marcha del mecanismo de la revolución mundial, supondrá que ésta sea abortada y quede detenida antes de comenzar. Esperar a la ofensiva del proletariado internacional para iniciar o consumir *mi* ofensiva nacional es absurdo, pues aquélla depende de que la suma de ofensivas locales permita que la defensiva proletaria a escala mundial pueda transformarse en ofensiva en el plano internacional. Y lo peor y más grave, por extravagante y nunca visto, es que este absurdo con regusto trotskista-menchevique se lo ha planteado el PCN(m) al movimiento comunista internacional no como plan o como problema teórico, sino como *solución* práctica que no admite apelación.

Si rendir las armas a las puertas mismas de la victoria es algo insólito en nuestro movimiento, no menos inusitado resulta el hecho de que, también por primera vez en nuestra historia, el partido revolucionario asuma la responsabilidad de sostener al viejo Estado. Es verdad que el partido obrero ha participado, históricamente hablando, en gobiernos burgueses; también es cierto que incluso la Internacional Comunista avaló esta posibilidad; sin embargo, desde los gobiernos de Frente Popular, en los años 30, hasta el Gobierno Allende, nunca soportó el proletariado la mayor parte de la responsabilidad en la gestión del Estado reaccionario. Nunca fue tan grande la concesión hecha a la burguesía como la que ha realizado el PCN(m) al integrarse en el sistema legal con el fin de protagonizar y cargar con la responsabilidad de la refundación constitucional del Estado reaccionario nepalí. En la historia de nuestro movimiento sólo hay un precedente en esto, que es el que nos permitirá situar la tercera peculiaridad original del *caso nepalí*: el gobierno encabezado por el socialdemócrata Ebert, con el que el SPD contribuyó de manera destacada a la refundación del Estado imperialista alemán, en 1918-1919. Pero, a diferencia de los traidores y asesinos socialpatriotas de la República de Weimar, en Nepal es el ala extrema de la revolución quien ejercerá el papel de verdugo de la misma comprometiéndose en la reconstitución del viejo poder. Una constante que se repite en la historia de nuestro movimiento consiste, precisamente, en que siempre que ha tenido lugar uno de esos vergonzosos episodios de colaboracionismo, por parte de algún sector de la clase obrera, hubo en cambio un ala izquierda que denunció y rompió con esa política o que, al menos, buscó y aplicó una verdadera línea revolucionaria, manteniendo en alto el estandarte de la lucha de clases proletaria por el comunismo. Desde que A. Millerand inaugurase la funesta tradición del oportunismo político en nuestro movimiento, entrando en el Gobierno Waldeck-Rousseau, en 1899, hasta los *ministerios comunistas* que el partido de G. Marchais encabezó en varios gobiernos franceses en los 80 del siglo pasado, siempre hubo alguna corriente organizada y con cierta influencia política a la izquierda del movimiento comunista internacional desde la que se combatió ese oportunismo y desde la que, aplicando lucha de dos líneas, se desarrolló la línea proletaria revolucionaria. Incluso cuando la Komintern realizaba sus llamamientos a los frentes nacionales antifascistas con la burguesía, el Partido Comunista Chino mantenía su independencia del Kuomintang y organizaba formas nuevas de poder popular en sus bases de apoyo, experiencia que será la semilla de la línea roja futura cuando, tras la liquidación de la Internacional, el PCUS y sus satélites caigan en el revisionismo moderno en sus distintas versiones. Pero, en Nepal, esto cambia. Lo insólito y, a la vez, lo original de este caso consiste en que es el PCN(m) quien representa la línea roja, en que no hay nadie más a su izquierda. El PCN(m) ha representado, hasta aquí, al partido extremo de la revolución, a la forma más avanzada de la revolución proletaria, tanto en su ideología como en su línea política. En el movimiento obrero y comunista internacional actual no hay nada más allá del PCN(m), no hay nada a la izquierda del partido maoísta nepalí aplicando Guerra Popular y del Ejército Popular de Liberación en ofensiva estratégica. Esto es —o era— el *non plus ultra* de la revolución hoy en día. Ni siquiera el PCP o el Partido Comunista de la India (maoísta), que prosiguen Guerra Popular, pueden compararse u ofrecerse como alternativa, pues, hasta el momento del giro revisionista, estos partidos defendían exactamente la misma línea ideológica, política y militar que el PCN(m), sólo que menos desarrollada en su aplicación. Y es nada menos que este partido, el buque insignia de la revolución, el que protagoniza el último episodio de conciliacionismo y renuncia revolucionaria. Este hecho inaudito sólo puede tener consecuencias de gran calado: es la señal definitiva que se suma a la lista de pruebas que demuestran como

irrefutable y consumado algo que, por lo demás, era ya harto evidente: el agotamiento de la ideología y de la política que ha dominado una época de la historia de la clase obrera, el final, en suma, de todo el ciclo histórico que abrió la Revolución de Octubre.

Ciencia y marxismo

Como ya hemos señalado, los maoístas han achacado tradicionalmente estos desagradables incidentes a la traición o a errores en la aplicación del maoísmo. Sin embargo, es evidente que este caso sobrepasa este marco de explicación. Ya no se trata de la contradicción entre asunción y aplicación del maoísmo, sino de algo situado a otra escala que abarca al propio maoísmo; se trata de las insuficiencias de la teoría misma, de la contradicción entre teoría y práctica, de la incapacidad conceptual de la teoría de vanguardia para asimilar toda la experiencia práctica de la Revolución Proletaria Mundial; se trata de que la teoría va por detrás de la práctica y de que, en consecuencia, no puede ser guía, no sirve para orientar ante los problemas nuevos que propone la realidad. Los maoístas nepalíes han fracasado ante este reto, tomando el camino del liberalismo al no ser capaces de poner su marxismo a la altura de las exigencias teóricas y políticas que impone la nueva época histórica. Hasta ahora, los maoístas –ustedes y otros mucho mejores que ustedes– han podido obviar hechos tan evidentes como el tamaño de catedrales y tan importantes por sus consecuencias para su teoría como fueron, primero, la derrota de la Gran Revolución Cultural Proletaria y la debacle general de la Revolución Proletaria Mundial y del movimiento comunista internacional, después, gracias a ciertos episódicos repuntes revolucionarios localizados en Perú y Nepal, principalmente, que les permitieron cerrar los ojos y confiar en la continuidad de su modelo revolucionario. Lo cual, no quiere decir, por cierto, que el MAI comparta el derrotista adagio menchevique-plejanovista de que *no se debió coger las armas*, tanto por lo que se refiere a estos últimos casos aludidos como, en general, a todas las experiencias revolucionarias de nuestra historia, como ustedes se atreven a insinuar, con más petulancia que ironía, cuando aluden a la instauración de la URSS por Lenin y los bolcheviques y apostillan: “Cosa que no deberían haber hecho, porque, y como ustedes también dicen, ya se ve cómo ha acabado la cosa” (*ibid.*, pág. 4). Es importante dejar clara esta cuestión, pues no podemos permitir tan arrogante como infundada crítica, ya que forma parte de nuestro pensamiento el convencimiento de que no es posible el desarrollo de la línea y de la práctica social revolucionarias sin sufrir errores, fracasos y derrotas. Lo que nos diferencia es que ustedes abordan este problema desde una errónea perspectiva positivista. Para ustedes, las leyes de la transformación consciente de la sociedad, las leyes de la construcción del Comunismo son leyes preexistentes, anteriores a la lucha de clases proletaria y su desarrollo. Según este punto de vista, la lucha de clases es el medio de conocimiento de esas leyes, y el error y el fracaso el límite del conocimiento, el momento de toma de conciencia de la imperfecta percepción de la realidad. De este modo, el proceso de conocimiento se identifica con la acumulación de experiencias, que son teorizadas o *resumidas*, hasta conformar una especie de *verdad universal* que, posteriormente, debe aplicarse o encarnarse en la realidad específica de cada revolución concreta. Se trata, en definitiva, del traslado del *modus operandi* de las ciencias experimentales al ámbito de la sociedad. Por esta razón, ustedes se empeñan en identificar al marxismo con la ciencia; pero, en realidad, esta identificación no es más que una nefasta operación de reduccionismo epistemológico, que persigue comprimir una forma superior de la conciencia social, la concepción del mundo proletaria, para asimilarla a formas inferiores y pretéritas, que expresan formas de la conciencia social anteriores a la aparición histórica del proletariado. Ustedes se escandalizan porque nosotros afirmamos –en plena coherencia con el materialismo histórico– que la ciencia es un producto social que surge en una época determinada, la época de expansión y ascenso de la burguesía, y que, como producto ideológico, se corresponde con la concepción del mundo de esta nueva clase, al mismo tiempo que es su hija legítima; de hecho, la cosmovisión que genera la ciencia es la que más y mejor se adecua a la posición social de clase de la burguesía, desde el punto de vista de las condiciones de la reproducción ideológica de esa posición; es la concepción del mundo más acorde con sus intereses de clase. Ustedes se escandalizan cuando afirmamos cosas como éstas y cuando añadimos que el marxismo, aunque contiene la ciencia (en el sentido dialéctico de la categoría

hegeliana de *Aufhebung*), es una forma superior de conciencia, también histórica y socialmente determinada, superior a ella. Pero, lo verdaderamente escandaloso es que ustedes, como casi todos los autodenominados *marxistas*, pretendan reducir el marxismo a ciencia o a metaciencia y hacer de la ciencia como forma de conocimiento algo absoluto, una categoría ahistórica y abstracta que se sitúa por encima del desarrollo social y de la lucha de clases. Con ello coinciden, una vez más, por cierto, con el positivismo, la forma burguesa tradicional de concebir la ciencia.

En tal sentido, resultan patéticas sus contra argumentaciones, basadas en la idea de que la ciencia es un subproducto no deseado del “ansia de beneficio” y del carácter belicoso de la burguesía. Parece que viven ustedes en otro mundo, y no en éste, en el que la ciencia juega el papel de gran oráculo, como becerro de oro que es de los adoradores de la verdad absoluta y de la razón pura, un mundo donde las organizaciones internacionales de la propia burguesía miden el grado de *desarrollo humano* de las naciones o el nivel de *civilización* de los Estados por sus inversiones en I+D+i, y donde, si los capitalistas no quieren o no pueden invertir más en ciencia, es debido a la contradicción entre el beneficio a largo plazo que ésta comporta y su “ansia de beneficio” inmediato. No negamos que la guerra sea aliciente o incentivo para el desarrollo científico –aunque creemos que, más bien, acelera su aplicación tecnológica–, pero estos desarrollos presuponen el método científico y la comunidad científica como instituciones ya establecidas, lo cual no se explica únicamente desde la guerra, sino por todo el contexto histórico de lucha de clases en todos los planos, principalmente el ideológico, de crecimiento y ascenso de la clase burguesa.

Más todavía. Como ustedes otorgan a la ciencia valor absoluto, como la consideran la única y verdadera forma de conocimiento, proponen al proletariado como su único valedor y legítimo heredero, mientras propagan la imagen de una ciencia adulterada por su creador, la burguesía, sin siquiera plantearse explicar tal paradoja. En esta materia, son continuadores de cierta tradición revisionista, según la cual, el papel histórico del proletariado es el de desatar las potencias sociales que tienen amordazadas las relaciones de producción capitalistas, principalmente, las fuerzas productivas. Así, del mismo modo que el poder proletario permitirá el despliegue ilimitado de la capacidad productiva de la sociedad, facilitará, igualmente, una vez que la ciencia esté en manos del proletariado, el despliegue del conocimiento verdadero e íntegro del mundo, sin cortapisas, ni manipulaciones *ideológicas*, ni torcidos intereses corporativos, para su aprovechamiento en beneficio de la humanidad. Pero este ideal de armonía entre ciencia y proletariado –al igual que el idílico maridaje entre poder obrero y desarrollo económico– al que ustedes aspiran, planteado como porvenir, como objetivo natural de la clase obrera, acarrea consecuencias graves de carácter ontológico que, al parecer, ni siquiera sospechan. Porque imponer a la clase obrera, en tanto que sujeto social, o al marxismo, como forma de la conciencia social, la tarea de conocer el mundo significa el desplazamiento de su relación con la práctica social hasta la posición burguesa que se identifica con el ideal racionalista de la Ilustración de conocimiento del mundo y de entronización de la *verdad* como máximo bien, dejando de lado el objetivo propio, que se inspira en el imperativo categórico de transformar el mundo; significa suplantarse la vocación de revolucionar el mundo por la de conocerlo y, en consecuencia, la liquidación del programa marxista, programa consignado en documentos, como las *Tesis sobre Feuerbach*, de los que ustedes hablan, pero que, evidentemente, no han comprendido, porque quizá sólo se los hayan aprendido. Algo muy frecuente, por cierto, entre los recitadores de nuestros clásicos, incapaces de extraer de éstos algo más que consignas memorizadas. No somos nosotros, por consiguiente, los prisioneros de la “interpretación” del mundo, sino ustedes, con su exaltación de la ciencia y su asimilación al marxismo, pues “interpretar” es la esencia de la ciencia, definida por la posición gnoseológica del observador independiente del mundo que busca conocerlo.

Por consiguiente, frente a la concepción positivista que entiende la relación entre la teoría y la práctica como una relación externa de conocimiento, de reflejo consciente del mundo, el marxismo enseña que, por lo que se refiere de manera particular a la época de tránsito

del capitalismo al Comunismo, las leyes del desarrollo social no son arquetipos ideales que se van proyectando desde la experiencia práctica y van sumándose a un *corpus* teórico de verdades universales y eternas; al contrario, esas *leyes* son asimismo transformadas también por el desarrollo de la lucha de clases proletaria, por la acción subjetiva de los agentes sociales. De este modo, la teoría y la práctica forman una unidad en permanente transformación mutua (dialéctica), no son esferas separadas en las que una supuesta realidad objetiva *refleja* sus leyes en la conciencia del sujeto, leyes que son independientes de la acción práctica de éste (metafísica). Nos hallamos ante un proceso –la revolución–, por así decirlo, de *creación* social, no de simple *evolución*, en el que lo nuevo *se construye*, no *surge* espontáneamente como brote tierno después de retirada la hojarasca que le cubría. Ni qué decir tiene que esta última visión se corresponde con una concepción determinista de la historia, con la tesis teleológica, tan ingenua como fatalista, de que el Comunismo es el destino ineluctable de la humanidad, independientemente –una paradoja más– de la voluntad de los hombres. En este sentido, el *maoísmo* que ustedes profesan no es más que una evolución de la ideología de la II Internacional, razón por la cual decimos nosotros que es necesario –como por tantas otras– recapitular y reflexionar sobre un bagaje teórico que contiene innegables elementos de dudosa adscripción marxista.

Sobre las categorías del marxismo y su desarrollo

Todo esto no significa que caigamos en el relativismo. No negamos la existencia de principios que conforman el núcleo matricial del marxismo como concepción del mundo. Por ejemplo, el principio de la lucha de clases como motor de la historia, o el de la Dictadura del Proletariado como epílogo de esa lucha, etc. Sin embargo, es preciso situar, por lo que se refiere al primero de los principios señalados, que se trata de una conclusión extraída por Marx del análisis de toda la experiencia histórica de la humanidad, en lo que se refiere principalmente a la sucesión de las civilizaciones y culturas que han precedido a la aparición del proletariado como última clase social de la historia. Se trata, por tanto, de un principio o, si lo prefieren, de una *ley* del materialismo histórico, que preside la época en la que esa última clase actúa y su misma actuación. Esto, por una parte. Por otra, permítannos reclamar su atención sobre el aserto maoísta que reza que *la historia la hacen las masas* o los pueblos y les invitamos a compararla con la de Marx, a ver si aciertan a averiguar si ambos son idénticos o, como nosotros pensamos, el maoísta es una simplificación economicista y espontaneísta del aserto marxista. En cuanto a la Dictadura del Proletariado, ya no se trata de un principio de la misma naturaleza que el anterior, pues es resultado de la acción práctica revolucionaria del proletariado; es decir, su necesidad no se sostiene sobre la experiencia histórica anterior al capitalismo, sino por la experiencia presente del proletariado durante su lucha por derrocar el capitalismo. Se trata, por tanto, de un principio o de una ley del socialismo científico, del conjunto de normas recogidas, en virtud de la experiencia de la lucha revolucionaria del proletariado, para guiar y orientar esta lucha. Es por esto que, a diferencia del principio general de la lucha de clases, aquél sí puede variar en sus contenidos y en su papel en función, precisamente, del desarrollo de aquella lucha. Recordemos, sin ir más lejos, la importancia que daban los maoístas chinos durante la revolución cultural a la redefinición del concepto como *dictadura omnimoda sobre la burguesía*, con el fin de recoger en él las novedades de la experiencia que estaban viviendo, y con el fin de continuar la tradición, inaugurada por Marx, de sometimiento crítico de las categorías de la teoría revolucionaria en función de los resultados de la práctica revolucionaria. Ejemplo paradigmático de esto, como se sabe, fue la renovación a que Marx sometió el concepto de Dictadura del Proletariado después de la Comuna de París. Y lo mismo que con las categorías ocurre con la relación existente entre ellas. Hay toda una evolución, desde la época en que Marx y Engels redactaron el *Manifiesto*, en el contenido y el lugar que ocupa la Dictadura del Proletariado dentro de la Línea General proletaria: de ser el elemento central y el instrumento principal y casi único de la lucha de clases revolucionaria del proletariado, ha pasado a ocupar un lugar más subordinado y más sujeto al Partido Comunista. Éste, por su parte, también ha experimentado una evolución, pasando de ser *un partido obrero más*, una corriente dentro del movimiento obrero, a ser actualmente el instrumento central y principal de

la clase. Estos cambios y estos desplazamientos en la correlación interna de los instrumentos de la revolución proletaria son consecuencia del desarrollo histórico de la lucha de la clase obrera. En resumen, no hay leyes absolutas, objetivas y ajenas a la actividad del sujeto revolucionario, porque esas *leyes* cambian con esta actividad. Lo que percibimos como un principio normativo de nuestra actividad revolucionaria sobre la base de una experiencia dada, será transformado precisamente por los resultados de la práctica posterior que ha sido guiada por esa norma, porque esta práctica, que es práctica revolucionaria, ha transformado la base anterior sobre la que se sostenía nuestra primera percepción. Es esta dialéctica la que guía el conocimiento del proceso revolucionario, y no supuestas leyes inmanentes del movimiento social que se *proyectan* mecánicamente sobre la conciencia social. De este modo, la teoría maoísta de *los tres instrumentos* y su construcción concéntrica es expresión madura de la Línea General proletaria, en tanto que síntesis que expresa teóricamente el desarrollo más elevado de la práctica revolucionaria del proletariado, no es una teoría que estaba prefijada y esperaba a ser *descubierta*.

Por lo tanto, el problema de la *derrota* o del *fracaso*, en definitiva, el problema del *error*, no se dirime, para el marxismo, desde el simple contraste entre una supuesta ley universal y lo que nosotros conocemos de ella, entendida como *verdad absoluta*, no consiste en la simple verificación del grado de correspondencia entre las supuestas leyes objetivas del desarrollo social y nuestra práctica. Según esta perspectiva positivista, la causa de la derrota de la Comuna de París hubiera sido el *desconocimiento*, por parte del proletariado y de su vanguardia, del principio de la guerra popular como método de acumulación de fuerzas y como instrumento para la conducción de la lucha de clases proletaria, principio que ya existiría, sin embargo, sobre las cabezas de los comuneros, dispuesto para ser aprehendido por alguna mente genial, independientemente del nivel de desarrollo alcanzado por la lucha de clases y del punto alcanzado por el proletariado en su maduración como clase revolucionaria. Ni el mismo Marx alcanzó tal grado de preclaridad. Según la lógica de su pensamiento positivista, ¿el análisis de Marx sobre la Comuna no fue marxista, o sólo llegó a ser semimarxista! A este tipo de absurdos se llega partiendo de las premisas teóricas de las que ustedes parten. En cuanto a la teoría del Estado marxista, que Marx extrae de la experiencia de la Comuna, y que está plenamente vigente, no preexistía a esa experiencia, sino que fue su resultado, indicando el grado alcanzado por el desarrollo del proletariado como clase revolucionaria.

Errores de concepción aplicados

En resumen, las *leyes* de la transformación revolucionaria de la sociedad no son arquetipos proyectados desde el discurrir anónimo de los mecanismos de la evolución económica y social hacia una etérea esfera de las ideas o una impersonal conciencia social, al contrario, son reflejo tanto del nivel de evolución material de la sociedad, como del grado alcanzado por la lucha de clases general y por el proletariado como clase revolucionaria particular. En este conglomerado, también concurre como factor objetivo la acción de los sujetos sociales, incluido el proletariado con la concepción (subjetiva) que tiene en cada momento de sí mismo, de su papel social y del modo como entiende los mecanismos del progreso social y de la revolución. Se trata, pues, de una unidad permanente entre la teoría y la práctica, no de una práctica en constante cotejo con la teoría, con una supuesta *verdad universal* inmutable que se muestra separada e independiente de esa práctica.

Entre el espacio que separa la teoría –o *la verdad*– y la práctica se ha colado la doctrina de la Jefatura maoísta, con la que ustedes simpatizarán como devotos seguidores de esta escuela, creemos nosotros. En efecto, la separación de la verdad que está *ahí fuera* y la realidad de nuestra práctica crea las condiciones teóricas para la irrupción de un personaje excepcional capaz de acercarse más que los demás a esa verdad. Este *jefe* no es producto de las condiciones sociales y políticas concretas, sino que se ha elevado sobre ellas para *acercar* aquella verdad a estas condiciones concretas. Así, es en este personaje que confluyen la teoría y la práctica, donde se *encarna* la unidad teórico-práctica revolucionaria. Pero, en realidad, se trata de una

tesis idealista, porque es una reedición de la visión burguesa que sobrevalora el papel de los individuos en la historia y, sobre todo, porque supone el desplazamiento a un segundo plano del Partido Comunista y de su papel en la revolución proletaria. El Partido es el punto de encuentro donde se unen lo más alto y avanzado de los logros del proletariado como clase revolucionaria internacional, a través de su vanguardia, y las condiciones específicas del proletariado de cada país en forma de movimiento político; es a partir de este movimiento que se construye el movimiento revolucionario. Si, como en los hechos hace la tesis de la jefatura, el centro de construcción de este movimiento pasa del Partido a la jefatura, entonces, deja de tener sentido o pierde toda su sustancia la cuestión de la Reconstitución del Partido como objetivo político inmediato y principal de la vanguardia, como así deja en evidencia la cruda realidad del maoísmo en nuestro país, fiel ejemplo de lo cual son ustedes, a pesar de sus proclamas.

La conciencia subjetiva del proletariado es componente esencial de su lucha de clases, determina las formas que esta lucha adopta y está determinada por el grado que la misma ha alcanzado en el plano histórico o universal, es decir, como clase internacional, y por el modo como su vanguardia ha asumido esas conquistas. Esa conciencia se expresa como teoría y como línea política. Desde una perspectiva positivista, que es la que ustedes adoptan, el fracaso o el error no ponen en cuestión el agregado de experiencias o conocimientos que sirven de base a esa conciencia. Todo consiste en desandar el camino equivocado y retomararlo en el punto crítico para reiniciar la senda correcta. No comprenden que esa vía equivocada, ese tramo recorrido infructuosamente, forma, en realidad, parte del mismo y un único camino posible. Por esta razón, ustedes aceptan el error sólo como lección de lo que no se debió hacer, cuando la verdad es que el error es el modo de comprensión de la insuficiencia de nuestros métodos, instrumentos y concepciones teóricas para triunfar en un momento histórico determinado. El error es necesario, no es una *anomalía*, sino que forma parte constitutiva del proceso de conocimiento, al ser parte integral y subyacente de su estructura epistemológica, y también del desarrollo del marxismo. Por eso, éste exige una permanente reflexión sobre sus categorías y una permanente recapitulación de su equipo conceptual. Algo que ustedes no comprenden, porque creen que el maoísmo, en contra de toda evidencia, sigue siendo el camino verdadero, y que, cuando se asume, los fracasos sólo pueden proceder de su mala aplicación. Sin embargo, a diferencia de esta visión positivista, lo cierto es que el error también afecta a la conciencia de la clase y puede suponer el colapso de su concepción de los procesos de transformación social en los que está involucrada (lo que nosotros denominamos *paradigma revolucionario*) si su capacidad de adaptación y evolución teórica no está a la altura del desarrollo de la práctica social de la lucha de clases. Esto es lo que, a nuestro entender, ha sucedido efectivamente con la derrota del proletariado en el pasado ciclo revolucionario. Es por esto que hablamos de la necesidad de la Reconstitución ideológica y política del comunismo; no porque queramos refutar o liquidar el marxismo, sino porque queremos recapitular sobre una determinada concepción marxista de la revolución, que dominó el movimiento comunista durante toda una época y que es hija natural de esa época. Se trata de investigar y reflexionar sobre ese modelo hegemónico, ese paradigma revolucionario, que sin duda está en la base de todas las corrientes marxistas importantes del ciclo, desde el trotskismo al maoísmo. De esto trata el Balance que propone el MAI.

Otra consecuencia adonde conduce la visión positivista de las cosas no sólo es absurda, sino que arruina la posición de partida que ustedes afirman sostener en relación con el legado de la Revolución Proletaria Mundial. Ustedes dicen que lo abanderan y defienden y se atreven a cuestionar al MAI, acusándonos de que nuestra posición crítica respecto del Ciclo de Octubre y el objetivo de nuestro Balance sólo persigue negar esa herencia y, de este modo, negar la posibilidad de la revolución proletaria. Pero, en realidad, son ustedes quienes, de hecho, reniegan porque su perspectiva positivista les conmina a adoptar una posición de independencia respecto de la práctica histórica de nuestra clase y a asumir sólo sus resultados teóricos. En efecto, según ustedes, el maoísmo o el Marxismo-Leninismo-Maoísmo es el punto culminante de nuestra ideología y el momento de madurez plena del proletariado. En otros términos, el maoísmo es el momento en el que, por fin, la práctica de la clase se corresponde íntima y completamente con las leyes universales e inmarcesibles de la revolución proletaria, es el

momento de conocimiento pleno o superior de esas leyes, el momento en que la teoría y la práctica proletarias, que durante todo el periodo histórico anterior permanecieron separadas, se unen finalmente en la política maoísta. De lo cual se deduce que el estudio y conocimiento de ese legado deja de tener sentido político; únicamente tiene relevancia el estudio y conocimiento del resultado final, del producto ideológico finalmente destilado por la historia, pero no esta historia. Sólo se recuerda ésta para reivindicar una determinada genealogía, para conmemorar alguna efeméride o recordar los hitos que marcaron el camino hacia su meta final y verdadera, el maoísmo. La historia del marxismo o del pensamiento comunista en general pasa a ser, entonces, sólo la prehistoria del maoísmo, y la experiencia revolucionaria del proletariado sólo intentos prematuros o ensayos generales de la verdadera revolución que pondrá en marcha el maoísmo. Así, pues, es esta visión del pasado de nuestra clase la que niega, en realidad, el valor de ese pasado y la factibilidad, por no decir la utilidad, de la revolución proletaria durante todo un periodo histórico. Son ustedes los renegados, no nosotros.

La última consecuencia malsana de sus errores, en particular de esa equivocada concepción de la relación entre teoría y práctica que sirve de fundamento a la doctrina de la jefatura, consiste en la idealización cuasi mística de los líderes del proletariado, a su conversión en vulgares iconos a los que rendir pleitesía. Eso han hecho ustedes con Marx, Engels, Lenin y Mao, hasta tal punto que ser *maoísta* no consiste en conocer, comprender y compartir el pensamiento de Mao, sino también en rendir tributo a su persona, de modo que cualquier crítica, por mínima que sea, a alguno de esos personajes se interpreta indefectiblemente como un ataque a su pensamiento y posición política. Esto explica la reacción irascible que han mostrado ante nuestro análisis del método insurreccionalista empleado por Lenin en Octubre. Nosotros decimos que la línea militar aplicada en 1917 por los bolcheviques es una mezcla del viejo insurreccionalismo decimonónico típico de las revoluciones burguesas y de elementos nuevos aportados por el proletariado al entrar en la escena de la historia como clase revolucionaria. Por eso lo calificamos como método *bastardo*, en el sentido de que reúne estirpes distintas de experiencias y expresiones de clase. Pero, en su puritanismo rancio, leer la palabra *bastardo* al lado o cerca del nombre de Lenin ha colmado su paciencia y han terminado desbordándose en desprecio hacia nosotros. Lo cual, créanlo, no nos afecta; únicamente nos ha provocado lástima comprobar su malquerencia a la hora de interpretar las palabras en su contexto o, tal vez, su limitado conocimiento de las acepciones de los vocablos y, sobre todo, su inclinación a escoger el significado de los términos según la pacata mentalidad burguesa; y es que han reaccionado ante la palabrita como el patriarca burgués, celoso de la pureza de su linaje y de la legitimidad de sus hijos. Sin embargo, al margen de que sea más o menos acertado, nuestro análisis se mantiene dentro de las fronteras del materialismo, en general, y del materialismo histórico, en particular. En la historia, nada aparece *ex nihilo*, nada nace de la nada: todo, las relaciones sociales, las clases y las formas y métodos de las luchas de clases surgen sobre la base de lo anterior. Esto es precisamente lo que tratábamos de demostrar en sendos artículos dedicados a la Revolución de Octubre y a la revolución china en el número 20 de nuestra revista, *El Martinete*: que la línea militar proletaria se forja sobre la base de su convivencia en origen con la línea militar de la revolución burguesa; que ejemplo y paradigma de esta convivencia primordial es Octubre; que esta naturaleza mixta, *bastarda*, es lo que define la originalidad histórica de este evento fundamental para el proletariado, y que será preciso un mayor desarrollo de la práctica revolucionaria de la clase obrera para que la línea militar proletaria se independice definitivamente hasta configurarse bajo la forma de guerra popular prolongada. Esto es lo que defendemos y nada más. Pero su visión idealista de las cosas les ha impedido comprender el sentido casi elemental de un análisis que únicamente pretendía explicar el origen y la naturaleza particular de la línea militar proletaria, de cara al deslindamiento ideológico y político con aquéllos que todavía incluyen elementos del viejo insurreccionalismo en su definición de la lucha armada para la conquista del poder por el proletariado. Y es que, para ustedes, como la conciencia no se construye en estrecha unidad con la experiencia, sino que *la verdad* es pura, está ya establecida y preexiste a esa experiencia, es inadmisibles aceptar el escarnio que supone reconocer que los métodos de la lucha de clases revolucionaria del proletariado hallan su antecedente o se construyen sobre los métodos de las clases revolucionarias anteriores en la

historia. Para ustedes y su idealismo recalcitrante, la línea militar del proletariado ya estaba ahí, sólo había que elevarse a su comprensión y aplicarla. Y aquí entra en juego, parece ser, la genialidad de Lenin. Naturalmente, ustedes no se detienen a analizar y comparar el método militar de la Revolución de Octubre con la experiencia de la guerra popular en China, como hacemos nosotros. No aceptan este debate porque es camisa de once varas para ustedes. Sólo tachan, reprochan y rechazan lo que sus oídos puritanos no quieren oír, ni su mente, forjada a fuerza de machacar certezas huérfanas, entender. Su insensatez les impide cerciorarse de la nueva paradoja en la que incurren, una vez más. Si, como dicen, a la guerra popular no se llega “al margen del maoísmo”, si la guerra popular es la línea militar proletaria y si Octubre fue resultado de la aplicación de ésta, entonces, Lenin fue maoísta antes que Mao. Como, precisamente, son las premisas teóricas que permiten llegar a este tipo de paradojas lo que tratamos de refutar en nuestros análisis, resulta que su rechazo de los mismos consiste, simple y llanamente, en que nos negamos a decir que Lenin era maoísta. ¡Absurdo! Desde luego, como maoístas y defensores del maoísmo como *tercera y superior etapa* son ustedes un desastre.

Desarrollo cíclico o evolución lineal

Pero, a lo que íbamos. Tras este largo pero pertinente paréntesis dedicado a definir someramente algunos aspectos de la teoría del conocimiento marxista, retomaremos los argumentos en el punto que los dejamos más arriba. Decíamos que los procesos revolucionarios abiertos en Perú y Nepal permitieron a la vanguardia del movimiento comunista internacional, a los maoístas, concebir la ilusión de una posible continuidad histórica entre esos episodios revolucionarios y toda la experiencia anterior de la Revolución Proletaria Mundial –a pesar de la caída de China en manos del revisionismo– y ocultar, al mismo tiempo, el hecho evidente del colapso de toda esa experiencia histórica. Igualmente, esos episodios sirvieron para justificar la exclusión del desastre a la esfera ideológica y *salvar* al maoísmo de la crisis general del comunismo. De este modo, el maoísmo continuaba siendo el depositario de la teoría proletaria, expresando los principios y las leyes de la revolución comunista. En consecuencia, los errores se concibieron como errores *de aplicación*, y no *de concepción*, con lo cual se podía continuar añadiendo principios o nuevas leyes al viejo *corpus* teórico. No importaba que la base material real sobre la que se sostenía y de la que era expresión teórica no existiera: no importaba que no existiesen Estados socialistas, ni que la revolución cultural hubiese sido derrotada. La visión positivista del desarrollo de la sociedad y de la revolución impone un modelo acumulativo y lineal para el discurrir de los acontecimientos según el cual, en el futuro, cuando se inicie una nueva ola de la Revolución Proletaria Mundial, la clase obrera se encontrará frente a las mismas situaciones, ante los mismos obstáculos y con los mismos problemas que los del periodo de 1917 a 1976; sólo que, esta vez, armado con el *invencible* maoísmo, el triunfo está asegurado.

Lo cierto, por el contrario, es que ni el marxismo ni nada en el mundo de la materia se desarrolla de forma lineal. La dialéctica enseña que todo avanza por ciclos, que son un permanente recomenzar, pero nunca desde el mismo punto. Por eso, hay formas de desarrollo cuantitativas y formas de desarrollo cualitativas, y por eso, existen, además de los saltos, retrocesos en los procesos evolutivos. Según su *maoísmo*, todo es progreso permanente o, peor aún, no existe correspondencia entre los retrocesos del mundo real, de la sociedad, y el mundo de las ideas. Esta dislocación entre su teoría y su práctica sólo puede acarrear esterilidad política. En nuestra opinión, el desarrollo del marxismo sigue esa pauta dialéctico-cíclica propia de todo lo que es verdadero y tiene arraigo material. Detengámonos un momento en esta cuestión, imprescindible para distinguir entre una concepción materialista y una visión idealista del desarrollo de nuestra ideología y de nuestra clase como clase revolucionaria.

En primer lugar, el marxismo es siempre el marxismo de una época, de su época, y no sólo en el sentido objetivo que tradicionalmente se asigna a esta idea, es decir, que cada época plantea y exige solucionar problemas históricos nuevos y originales (según esta idea, el marxismo propiamente dicho se corresponde con la época del primer capitalismo y de

formación de la clase obrera; el marxismo-leninismo sería el marxismo de la época del imperialismo y de instauración de la dictadura del proletariado, y el marxismo-leninismo-maoísmo, el marxismo de la época del progreso en la construcción del socialismo), sino también en el doble sentido subjetivo de que esos avances van forjando un determinado modo de conciencia que acompaña esa evolución, la autoconciencia que tiene la clase de esos procesos y de su papel en ellos, por un lado, y, por otro, en el sentido de que en esa toma de conciencia se recogen las concesiones, no siempre premeditadas, que las necesidades políticas de cada momento obligan a otorgar a otras clases, concesiones acopladas en el discurso, pero que, a la larga, imponen determinadas servidumbres que serán siempre el primer síntoma de la necesidad de recapitular sobre la naturaleza ideológica del mismo. En segundo lugar, la composición de esos modelos o modos de conciencia se remite al plano teórico, se desenvuelve bajo la forma de lucha de dos líneas y se construye sobre categorías y conceptos establecidos, que son repensados, criticados y reformulados para adecuar la teoría a la práctica y actualizar permanentemente el carácter de vanguardia de esa teoría.

El marxismo que conquistó el movimiento obrero de masas en la última década del siglo XIX no fue el marxismo genuino del pensamiento original de Marx y Engels. Ustedes citan, en su crítica hacia nosotros, algunos trabajos de Marx, pero ocultan –o no saben– que algunos de ellos se publicaron tardíamente y otros, muy importantes para conocer el pensamiento marxiano, póstumamente, cuando ya los partidos obreros habían diseñado su línea, muchas veces en direcciones distintas de las indicadas en esos trabajos, y el movimiento obrero ya estaba conformado. La formación de la conciencia de la vanguardia proletaria en esa primera época no se fraguó sólo desde premisas teóricas marxistas, sino que recogió y sintetizó tradiciones distintas y en muchos casos difícilmente compatibles. El resultado fue una doctrina adecuada a la etapa de desarrollo del momento; en particular, una doctrina adecuada a la etapa de expansión, de desarrollo cuantitativo del proletariado y de su constitución como clase económica. Los Bebel, Liebknecht, Bernstein y Kautsky, cabezas visibles de la II Internacional –expresión política de esta etapa de formación–, representan un marxismo mixturado en el que, junto a los principios generales del proletariado, se agregan elementos de otras clases que rebajaron el perfil revolucionario del discurso original, pero que, simultáneamente, permitieron cumplir más rápidamente los objetivos de ganar la hegemonía del movimiento para el marxismo, de incorporar al proletariado como clase independiente a la lucha de clases y de que fuese reconocida como agente e interlocutor social. Resulta llamativo, por elocuente, el hecho de que ni Marx ni Engels militaran nunca en ninguno de estos partidos, manteniendo hacia ellos siempre una posición crítica, a la vez que colaboradora. Esta ambivalencia dice mucho sobre el alcance del marxismo ecléctico y conciliador de esos partidos y, al mismo tiempo, sobre el respaldo como expresiones del marxismo *realmente existente*, como expresiones del marxismo de la época, por parte de los padres de su ideología y de su programa. Más aún, incluso si nos remitimos al documento fundador del comunismo moderno, el *Manifiesto comunista*, y a sus autores en la época en que lo redactaron, también observaremos elementos de rebaja conceptual que obedecieron a las necesidades políticas del momento, elementos muy cuestionables incluso desde el punto de vista del contenido de formulaciones a las que ya habían llegado sus autores. Por no extendernos mucho en esto, sólo señalaremos que, por ejemplo, en el *Manifiesto* de 1848 no se distingue entre conciencia *en sí* y conciencia *para sí* del proletariado –diferencia que ya aparece en *Miseria de la filosofía*, libro publicado un año antes– y que el proceso de construcción de la conciencia revolucionaria de la clase obrera está concebido de una manera bastante mecánica, como elevación desde el simple desarrollo de las luchas inmediatas del proletariado –quedando relegada, asimismo, la cuestión de la contradicción vanguardia-masas–, cuando Marx tenía claro –como dejó patente en sus conferencias impartidas a los obreros de la AIT, publicadas con el título de *Salario, precio y ganancia*– que es preciso distinguir entre lucha económica y lucha revolucionaria de los obreros, entre su lucha por el salario y su lucha por la abolición del trabajo asalariado. Igualmente, en el *Manifiesto* pierde centralidad el problema de la lucha de dos líneas como método de construcción de esa conciencia, cuando es la actividad que más absorbe la atención de Marx y Engels a lo largo de su carrera, empeñada en dotar de unos principios y de una línea revolucionaria correctos al movimiento obrero. Algo

parecido ocurre con el manifiesto inaugural de esa Internacional obrera, redactado por Marx, y que supone una rebaja incluso desde el punto de vista del *Manifiesto* de 1848. Es decir, en todos los documentos citados, se vislumbra el esfuerzo por integrar en cada momento los principios revolucionarios con los intereses políticos de los sectores de la clase más atrasados, de modo que pudiese garantizarse la hegemonía del marxismo en el movimiento obrero. Así, si el *Manifiesto comunista* refleja en ciertos aspectos, y no pudo dejar de reflejar, el abandono, por parte de un sector de la vanguardia del proletariado internacional –representada, principalmente, por círculos de exiliados políticos–, de las posiciones del socialismo pequeñoburgués y su paso a las del socialismo científico, su transición del democratismo radical al comunismo (en particular, la transformación de la Liga de los Justos en Liga de los Comunistas), los documentos fundacionales de la AIT reflejan la necesidad de incorporar, dos décadas más tarde, en el movimiento revolucionario a las *tradeunions* inglesas y al socialismo francés, la alianza de la vanguardia del proletariado internacional con otros sectores que ejercían una innegable influencia sobre la clase en los países más desarrollados de la época.

Naturalmente, esto nada tiene que ver con el revisionismo y el oportunismo (aunque sí puede constituir su punto de apoyo –ver, por ejemplo, la utilización por Lassalle de la formulación categórica situada en el *Manifiesto* de que el proletariado es la única clase revolucionaria y la crítica de Marx al respecto), únicamente pone en evidencia las condiciones sociales y políticas reales de la marcha del movimiento y el arraigo del marxismo en esa realidad; asimismo, demuestra el hecho de que la elaboración teórica de la vanguardia en cada momento es un acto político que se somete a las necesidades de la lucha de dos líneas, y también que, en esa lucha, la fijación de las posiciones políticas del partido revolucionario incorporan fórmulas y elementos *extraños* que son concesiones a otras fuerzas cuya finalidad es consolidar la posición de hegemonía o dirección del movimiento para la línea roja. Esta síntesis determina la unidad teoría-práctica en cada fase del movimiento y define lo que es el marxismo de cada época. Por eso, es preciso repensar permanentemente sobre ella, con el fin de depurar los elementos y conceptos cuya obsolescencia impide afrontar de modo adecuado los nuevos retos que se presentan ante el movimiento. Por tanto, no existe un marxismo puro o ideal, establecido de una vez por todas, ni tampoco un desarrollo absoluto del marxismo –como marxismo-leninismo-maoísmo, por ejemplo–, sino que existe una concepción del mundo cuyas categorías se desarrollan a la par que la lucha de clases y en función de sus condiciones históricas. Dirimir qué contenido de esas categorías es correcto o no depende de la lucha de dos líneas y del criterio de la práctica. La concepción absoluta y abstracta, idealista, del marxismo y de sus categorías es la que abre las puertas al oportunismo y al revisionismo, porque rompe esa unidad teoría-práctica consustancial al marxismo y su desarrollo. La ruptura de esa unidad es el denominador común de socialdemócratas, mencheviques, marxistas-leninistas, hoxistas y, ahora, con el *affaire* del PCN(m), también los maoístas, entre los cuales les contamos a ustedes, aunque se hayan pronunciado en contra del proceso de paz social en Nepal. La visión idealista del marxismo –por poner un ejemplo del presente– permite a sus antiguos amigos de la UP distinguir entre “defensa rígida de los principios” y “flexibilidad táctica”, como si principios y política, estrategia y táctica no tuviesen nada que ver, no mantuviesen en el marxismo una necesaria e indisoluble relación dialéctica de unidad y mutua determinación. Pero eso permite a esos señores engañar a los obreros –incluidos ustedes– con altisonantes palabras sobre el comunismo, la vía armada y la Dictadura del Proletariado, mientras en los hechos, con su “flexibilidad táctica”, se dedican a la rastrera tarea de reivindicar la república burguesa, el electoralismo, la política de reformas y la conciliación de clases.

Prosigamos, sin embargo, con el desarrollo del marxismo durante el primer ciclo revolucionario. Ya hemos señalado algunas de las vicisitudes que acompañaron tanto a la formulación del marxismo como expresión primordial, y al mismo tiempo primaria, del proletariado naciente como a su asimilación parcial como teoría de vanguardia por parte del incipiente e inmaduro movimiento obrero. En cuanto al leninismo, éste no fue sino una ruptura con el ciclo del marxismo anterior y un reinicio del pensamiento y de la política revolucionarias recapitulando sobre las premisas del marxismo, depurando lo viejo del anterior discurso en

función de la nueva etapa histórica de la lucha de clases y del grado de madurez alcanzado por el proletariado en ella. Cuando el leninismo, entendido como el marxismo que sintetizaba los intereses revolucionarios del proletariado y los compromisos adquiridos por él para llevar a cabo la obra revolucionaria en una época determinada, comenzó a manifestar síntomas de agotamiento y a encontrar dificultades para hallar respuestas a los nuevos retos desde su propio equipaje teórico-conceptual –síntomas que se hacían evidentes a través de la doctrina de la III Internacional y del pensamiento de Stalin–, la vanguardia del proletariado internacional cerró de nuevo el ciclo a través de un esfuerzo por retornar y retomar las bases de la concepción del mundo marxista en función de los logros históricos del proletariado. Éste fue el papel del maoísmo. Igual que Lenin recupera y desarrolla el marxismo desde la crítica del marxismo de la II Internacional elevándolo a una nueva época, el maoísmo inicia un nuevo ciclo de desarrollo sobre la crítica de Stalin y de la obra de construcción del socialismo en la URSS. Pero el maoísmo, aunque es el marxismo más evolucionado, igual que en los ciclos de desarrollo anteriores, es también el marxismo de una época, que revela tanto principios como compromisos, porque es la teoría de vanguardia del proletariado bajo condiciones históricas y políticas determinadas. Hoy, sin embargo, este ciclo también ha terminado y han caducado las condiciones materiales –económicas, sociales y políticas– que le daban sentido. Y no es posible, como ustedes y todos los maoístas hacen, abstraer los elementos teóricos del maoísmo de ese contexto concreto para formular una teoría general y universal, porque ambos son inseparables, porque son expresión de la unidad teórico-praxeológica que es el marxismo, unidad que salvaguardó su carácter de pensamiento de vanguardia en cada uno de esos ciclos.

Acerca del Paradigma de Octubre

Desde la perspectiva actual, desde el punto de vista del Ciclo de Octubre clausurado, observado en retrospectiva, todos esos progresos de la ideología proletaria son ciclos de desarrollo cuantitativo. Cada uno representa, respecto del anterior, un avance; sin embargo –y ésta es para nosotros la cuestión principal y donde se sitúa el meollo del asunto, que justifica un Balance de reconstitución también en lo ideológico–, todos esos avances se realizan sobre la base teórico-conceptual del mismo paradigma revolucionario, en cuyos fundamentos permanece inmutable a lo largo del tiempo. Es prerrogativa del Balance realizar el análisis en profundidad de los elementos primordiales de ese paradigma y del lugar que cada uno de ellos ocupa, a lo largo del proceso, en el seno de cada una de las corrientes políticas y de pensamiento marxistas de todo el periodo, atendiendo a la experiencia en marcha de la lucha de clases proletaria, con el fin de hallar un nuevo paradigma revolucionario como síntesis que permita elevar nuestra ideología a un peldaño cualitativamente superior que permita afrontar con éxito el inicio de un nuevo ciclo. En cuanto al paradigma de Octubre, podemos adelantar, a modo de hipótesis y para ilustrar nuestra argumentación, un modelo general al que respondían todas esas corrientes, en mayor o menor medida e independientemente del contenido que cada una de ellas otorgase a cada uno de sus factores, entre 1917 y 1976. Esas corrientes tenían como denominador común una concepción de la construcción del movimiento revolucionario del proletariado según la siguiente correlación:

Sindicato—Partido—Frente—Conquista del Poder (mediante insurrección o guerra popular)—Dictadura del Proletariado—Revoluciones Culturales.

En esta correlación están incluidos todos los desarrollos del modelo, es decir, hasta el punto que fue llevado por el maoísmo. Naturalmente, no todos llegaron tan lejos. Por ejemplo, los trotskistas no sólo suprimen en su estrategia el *Frente* y la *Revolución Cultural*, sino que incluso, en su gran mayoría, discutirían mucho la diferenciación entre *Sindicato* (pues este concepto también incluye el de *partido obrero de masas*) y *Partido (de nuevo tipo)*, pues, como se sabe, para el trotskismo, el Partido no es sino una corriente dentro del partido obrero de masas (*entrismo*).

Este modelo tiene valor tanto en el plano histórico como en el político; es decir, expresa

la representación que todas esas corrientes se hacen de la construcción del movimiento obrero revolucionario, tanto en términos de vigencia universal como en el ámbito de cada país. De modo que, en efecto, todos coinciden en partir del movimiento de resistencia de las masas, de sus luchas reivindicativas y de la posición de clase económica del proletariado. La lucha espontánea es el caldo de cultivo desde el que se crearán las condiciones para la construcción de los instrumentos políticos y la base sobre la que se edificará todo el movimiento. Por esta razón, iniciamos con la categoría de *Sindicato*, refiriéndonos con ella, en el plano histórico, a las primeras organizaciones obreras, tanto sindicato como partido de masas, cuya función primera y principal consistió en dar cuerpo organizativo a las luchas de la nueva clase, cohesionándolas en un movimiento social homogéneo, así como, en el plano político, nos referimos a la línea de remisión al movimiento práctico y de dirección de las luchas inmediatas como criterio de construcción revolucionaria y como guía de elaboración de todo plan político por parte de todas las corrientes marxistas y comunistas actualmente. De esta labor, entonces, surge el *Partido*, entendido como reunión de los elementos de la clase que han destacado en las luchas parciales – y en cuya selección el criterio de su formación teórica es subsidiario– y son elevados a la posición de vanguardia. Del trabajo de masas de esta vanguardia, organizada en partido, en las luchas espontáneas de la clase y de su capacidad para obtener su dirección depende la construcción del *Frente* de masas, que puede incorporar a sectores de otras clases. El desarrollo del *Frente* en su lucha contra el capital crea las condiciones de conciencia y organización para, en un contexto determinado de crisis del sistema, provocado por la sacudida de una crisis económica coyuntural, pasar a la lucha armada de masas como vía de conquista del poder y de instauración de la *Dictadura del Proletariado*, etc.

En resumen, la resistencia económica de las masas y la crisis económica del sistema crean las condiciones políticas para el *derrumbe* del capitalismo. En nuestra Carta abierta, hemos combatido este paradigma economicista, en primer lugar, porque se trata de un modelo espontaneísta que sumerge en el movimiento práctico inmediato de las masas los instrumentos políticos de la clase hasta el punto de perder los perfiles que les dan sustantividad, y, en segundo lugar, porque diluye en ese movimiento el factor consciente de la revolución y elimina *de facto* su papel en ella. Ante el dualismo *resistencia-revolución*, el MAI propone un punto de vista *monista* del proceso en el que la revolución es principio y fin. El desarrollo histórico alcanzado por la lucha de clases proletaria nos ofrece una clase madura que ha superado ya sus etapas infantil y juvenil; una clase que, a través de su vanguardia, debe iniciar el proceso desde la revolución misma, comenzando con la revolucionarización de la conciencia de la vanguardia (y aquí la realización y asunción del Balance juega un papel fundamental) y continuando con la revolucionarización de las masas para terminar revolucionando el mundo. Por eso hemos propuesto el paradigma *Partido—Guerra popular—Dictadura del Proletariado* como modelo alternativo, porque el punto de partida es la vanguardia, no las masas, y porque partir de la resistencia de éstas supone retroceder hacia una posición superada por la historia y por la propia experiencia de la clase, supone adoptar una posición reaccionaria que conduce y sólo puede conducir al oportunismo y el reformismo.

Incluso los maoístas, que están en las mejores condiciones para reconocer y aceptar este modelo alternativo y cuya influencia –es justo reconocerlo– ha contribuido grandemente en su formulación, terminan rechazándolo en la práctica debido a su apego al viejo paradigma, debido a su insistencia en aplicar una línea de masas el viejo estilo, en partir del movimiento de resistencia de masas y construir desde él, en lugar de construir desde la ideología y desde la vanguardia, debido a su incapacidad para extraer todas las consecuencias de las lecciones de la experiencia histórica de la lucha de clases del proletariado. De este modo, encontramos a los maoístas compitiendo por la dirección de las luchas sindicales, compitiendo como sindicalistas contra el sindicalismo político de los revisionistas, emulando sus métodos y estilo de trabajo. O, al menos, eso es a lo que ustedes nos invitan o lo que dicen que hay que hacer en teoría, teorización a la que nos remitimos aquí; pero, en la práctica, al menos en este país, es más bien difícil encontrar a los maoístas predicando con el ejemplo, organizando y dirigiendo luchas parciales, y mucho más fácil verlos apoyando otras revoluciones allende las fronteras, mientras

se abstraen de la de aquende, o bien, dedicándose –como algunos de los señores que editan *Reconstrucción* se dedican– a interponer demandas por genocidio contra Fujimori en los garzonianos tribunales del Estado español, propalando la fútil y reaccionaria esperanza de que puede ser la justicia del imperialismo y no la de los pueblos quien juzgue a los tiranos.

Por todo este tipo de cosas, los maoístas, aunque han llegado hasta la linde, son incapaces de dar el último paso, el que les permita cerrar el ciclo y comprender que éste ha terminado y que es preciso adecuar nuestra ideas y nuestros planes de construcción política a las condiciones históricas que vivimos, las condiciones de una nueva época, época de transición entre dos ciclos de la Revolución Proletaria Mundial. Y si al arraigo de los maoístas en lo caduco y en los comportamientos de la vieja tradición sumamos la visión positivista del mundo de que adolecen, obtendremos una proyección de futuro en la que la próxima ola de la revolución –de la que algunos de ustedes hablan, pero en sentido distinto de nosotros– será casi una réplica de la anterior, una repetición casi idéntica de etapas, problemas y soluciones. Así, las masas, aleccionadas por el maoísmo, reconstituirán el Partido; de éste se elevará la jefatura, que lo dotará de pensamiento guía; desde el Partido se construirá el Frente y se iniciará la Guerra Popular (simultáneamente o a la inversa, según la corriente), que instalará el Nuevo Poder en todo el país, el cual, a su vez, se consolidará y desarrollará a través de la Revolución Cultural. Sin embargo, a nuestro entender, esto es una condena. Una condena al fracaso. Precisamente, decía Marx que los pueblos (y las clases, habría que añadir) que no conocen su historia están condenados a repetirla. Y repetir, aquí, es fracasar. Por eso, el Balance tiene como finalidad evitar esta repetición. Porque se trata de prever una línea de progreso de la revolución que eluda esa escalada hacia una nueva derrota. Por lo tanto, de lo que se trata, en realidad, es evitar repetir el proceso –algo, por otra parte, ineludible, dada la naturaleza de las cosas–. Pero el positivismo, que se basa en la acumulación de datos y de experiencias y en la ruptura en el punto en que se encuentra el error, indica que lo nuevo sólo puede aparecer a partir del momento último considerado como correcto, en nuestro caso –mejor dicho, en su caso–, la Revolución Cultural. Todo consiste, entonces, en reproducir todo el proceso hasta la Revolución Cultural y, una vez aquí, promover o hallar una experiencia exitosa nueva que permita desarrollar el modelo, el antiguo paradigma.

Para ilustrar mejor esta perspectiva, tomaremos como ejemplo a los camaradas peruanos que prosiguen guerra popular, que son punta de lanza en la defensa de esta posición. Para estos camaradas, el problema de la Revolución Cultural –y éste es el *Balance del pensamiento gonzalo* en este asunto– es que el Ejército fagocitó al Partido, y de lo que se trata, en la próxima ocasión, es de que el *mar armado de masas* se trague al Ejército. Aquí tenemos, pues, al viejo paradigma reproducido y desarrollado. Pero, desde el punto de vista dialéctico, contrario al positivismo que aquí se sostiene, surgen en seguida varios interrogantes. Si en el socialismo las masas están armadas y en condiciones de neutralizar al Ejército, entonces, estamos ante un escenario muy distinto del de la China de 1976. Incluso, podríamos decir, de la China a partir de 1949. No sólo porque el EPL no sería un ejército profesional, o lo sería en una medida muy pequeña, que no le permitiría estar en condiciones de golpear al Partido, sino, sobre todo, porque estaríamos hablando de una estrategia de construcción del socialismo diferente de la que se aplicó realmente, más parecida a la continuación de la guerra popular que a la importación del modelo soviético que se dio efectivamente. El PCP defiende hoy la consigna de *Guerra popular hasta el comunismo*; pero no se ha parado a explicar que no fue esto lo que se aplicó en China, dando por buena esta experiencia hasta 1976. Lo cual es un contrasentido que no ayuda a esclarecer los hechos ni a extraer conclusiones válidas. Y si rompemos con las premisas que favorecieron el golpe de Estado de los usurpadores revisionistas chinos, deberemos retrotraernos en el tiempo hasta encontrar otro momento crítico en la experiencia socialista china para evaluar si la línea de los acontecimientos se correspondería con la que realmente se dio. Pongamos por caso el año 1967, cuando se decide la vía de desarrollo de la Revolución Cultural sobre la base del ejemplo de la Comuna de Shangai o sobre la base de los Comités Revolucionarios. Ésta última fue la vía escogida, como sabrán, vía que expresaba la alianza de distintos sectores contra la burguesía burocrática que seguía el camino capitalista. Desde el

punto de vista de la lucha de dos líneas, la Triple Alianza que formaban esos comités perseguía cambiar la correlación de fuerzas en las instituciones del Estado que se estaba dando a favor del revisionismo, motivo éste que, en última instancia, daba sentido a la Revolución Cultural que se había iniciado meses antes. La solución de los Comités Revolucionarios fue la opción más moderada, escogida por los maoístas en función de la situación de debilidad en la que se encontraban. Quizá por esto fue también la alternativa más conservadora y la que menos removía los cimientos de la sociedad china. Pero, en condiciones de *mar armado de masas*, lo más probable, o lo más coherente, hubiera sido el triunfo de la Comuna, la vía más radical y más acorde con el espíritu de la Revolución Cultural. Los camaradas peruanos, por supuesto, ni se plantean estas cuestiones y dan por válida la Triple Alianza, sin percatarse de que esto también contradice una Revolución Cultural protagonizada por las masas armadas. Para ellos, y para todos ustedes, para todos los maoístas, en la próxima ola, después de tomar el poder, la revolución continuará con Revolución Cultural sobre la base de Comités Revolucionarios, comités integrados en un tercio de su composición por el ejército profesional, y ni siquiera se preguntarán cómo de aquí puede salir debilitado un ejército que era fuerte y fortalecidas y armadas unas masas que estaban desarmadas, etc.

Podríamos seguir desandando los pasos de la historia para demostrar reiteradamente que no es posible una réplica del Ciclo de Octubre en el próximo curso revolucionario porque todo se iniciará necesariamente desde un punto de partida diferente. Pero, para ello, es preciso aceptar que el plan estratégico que oriente ese inicio deber ser resultado del Balance del ciclo anterior y de la extracción de las pertinentes lecciones que nos ofrece.

Para terminar este asunto y con el fin de no generar equívocos, que sus resabiadas artes intentarían aprovechar en detrimento nuestro, les informamos de que lo dicho no significa que el MAI no esté a favor de la Revolución Cultural o que crea que ésta puede no ser necesaria. Creemos que la Revolución Cultural, hasta donde sabemos, es el modo de lucha contra la burguesía que desea restaurar el capitalismo, por lo cual es justa y necesaria. Lo único que añadimos es que, por una parte, probablemente no se dé la próxima vez *al modo chino*, es decir, según el modelo de la única Revolución Cultural que se ha conocido, modelo que obedecía en gran medida a especificidades chinas y a errores de concepción en origen de la línea de construcción del socialismo y de conducción de la lucha de clases y de la lucha entre fracciones del Partido; y que, por otra parte, tal vez el sentido y el papel de la Revolución Cultural adquiera una relevancia distinta –quizá menor– abordada desde premisas diferentes, como la del *pueblo en armas* del que hablaba Lenin como estrategia de construcción del socialismo. Por todo esto, el MAI está de acuerdo con la tesis de *los tres instrumentos* de los camaradas peruanos, tesis que debe ser aplicada y desarrollada tanto antes como después de la conquista del poder. Pero no estamos de acuerdo con el PCP en ocultar que esa tesis sólo puede ser coherente y completa como resultado de la crítica intransigente de la experiencia anterior de la Revolución Proletaria Mundial, principalmente de la revolución china y de la línea de Mao y sus seguidores, porque en ellas está condensado tanto lo más elevado alcanzado por el ciclo como los límites que no pudo superar y por los que finalmente pereció.

A estas alturas, nadie nos creará si les confesamos que no teníamos intención de responder a su carta crítica publicada en *Reconstrucción*. Sus censuras hacia el MAI, la verdad, son llover sobre mojado, y el nivel de sus razonamientos apenas merece que sean consideradas. Sin embargo, el hecho de su publicación no podía dejar de tener una respuesta por nuestra parte, si lo que se pretende es que sea la vanguardia quien juzgue sobre nuestras respectivas posiciones. Esto, unido a su queja, también hecha pública en esa misma revista, por no haber obtenido contestación y su sugerencia de proseguir el contacto orgánico entre nosotros, impedía que pudiésemos continuar ofreciéndoles la callada por respuesta, quizá la mejor dada la opinión que hemos terminado formándonos de ustedes. Pero, lo que finalmente ha motivado el presente esfuerzo por definir nuestras diferencias frente a ustedes ha sido que este debate se nos ha presentado como la mejor excusa para iniciar el deslindamiento ideológico y político con la corriente a la que representan, el maoísmo. Esta tarea es requisito imprescindible para la

Reconstitución del comunismo revolucionario y para el cierre definitivo del Ciclo de Octubre, para recoger sus frutos y para que la vanguardia empiece a dirigir su mirada hacia el futuro, hacia el inicio de un nuevo ciclo revolucionario, y deje de aferrarse con nostalgia retrógrada al pasado. Cancelamos Octubre al mismo tiempo que nos erigimos en sus legítimos herederos. Éste es, efectivamente, nuestro brindis por la Revolución de Octubre. Ustedes dicen que elevamos nuestras copas con vino aguado. Tal vez sea así. Desde luego, de la cosecha no ha salido un gran reserva que haya que conservar por lustros en la bodega. Al menos, si el caldo es ese “Marxismo-Leninismo-Maoísmo” que ustedes van ofreciendo en cáliz de plata. La cosecha de Octubre es vino que hay que saborear y apurar pensando en que la próxima recolección será mejor. Si nuestro punto de vista crítico les parece “echarle agua a ese vino”, al menos lo que nosotros servimos sigue sabiendo a vino, aunque sea de mesa –una mesa que puede ser útil al diálogo y el debate–, sin el sabor dulzón del vino moscatel, ese vino de consagrar con el que ustedes se comulgan cada vez que offician en política.

Aquí concluimos y nos despedimos de ustedes; pero no es punto final, sino punto y aparte. Algunas cosas han quedado en el tintero, pero basta por ahora con lo dicho. Tiempo habrá de volver sobre ellas en el contexto de la lucha de dos líneas por la Reconstitución del Partido Comunista.

Agosto de 2008

Movimiento Anti-Imperialista (MAI)